

Una vez más se desprende de esta lectura el neto carácter distintivo de los petrarquistas castellanos frente a la lírica occidental del momento, especificidad que bien se refleja en la fallida intervención peninsular en el debate preceptístico que en otras latitudes europeas mantendrán los círculos intelectuales. No parece, por ejemplo, haber eco de la dialéctica que contrapone el modelo único de Petrarca para la lengua vulgar, al eclecticismo cultural; polémica que en Italia acabaría enfrentando a partir de 1516 a Pico della Mirandola con Pietro Bembo. Estas páginas, destinadas a profundizar en una geografía en la que aparentemente tan poco abunda el gusto por la teorización poética y, muy especialmente, por la relativa a la lírica en lengua vulgar, se anuncian, en consecuencia, como las más sujetas a una lectura atenta (vid. el capítulo "Lírica petrarquista y teoría quinientista de la imitación poética", págs. 103-116). Son, en resumen, apuntes que dejan entrever la facilidad con que la tradición castellana se presta en ocasiones al juego dialéctico involuntario, capaz de presentarnos al Herrera comentarista de Garcilaso como divulgador de lo que pretendió censurar.

El ensayo de la profesora Manero puede leerse como guía introductora al fenómeno de la *imitatio* petrarquista; pero también como aproximación global a las desviaciones con respecto al modelo. Así la transgresión tendenciosa que supone el aprovechamiento del fragmento original en apoyo de una precisa intención doctrinaria (por ejemplo, el *Canzoniere* como ilustración del ideario neoplatónico); o la conveniente adecuación del lenguaje petrarquista, tan condicionado por la lexicalización simbólica a que lo somete la intensa transmisión del texto, a un código al margen de las convenciones literarias (el paso a lo divino, a cuyo proceso dedica la autora particular empeño). Sin duda son estas las fisuras por las que se abren al estudio del tema nuevas áreas de investigación para las que este ensayo introductorio puede servir inicialmente de ayuda.

JORGE CANALS PIÑAS

Universidad de Trieste.

NERMIN VLORA FALASCHI, *L'Etrusco lingua viva / Etruscan, a living Language*, Roma, Bardi Editore, 1989, 173 págs.

Este nuevo libro (en italiano e inglés) de la doctora Falaschi, bellamente ilustrado, con profusión de artísticas fotografías en color (50) y en blanco y negro, viene a enriquecer con lujo la escasa bibliografía sobre los enigmáticos etruscos, "los primeros civilizadores de

Italia y los creadores del arte y del comercio". La autora se centra, como tenía que hacerlo, en el análisis de la lengua del pueblo, para lo cual estudia e interpreta algunas de las inscripciones etruscas supérritas. Porque un elemento indispensable en la reconstrucción de la historia antigua es la lengua.

La doctora Falaschi estaba preparada para este libro con un trasfondo lingüístico abundante. Desde su infancia había adquirido el conocimiento de varios idiomas: el albanés, el turco, el francés y más tarde el griego moderno, el italiano, el inglés, el español, el griego clásico y el latín, y actualmente tiene en su haber numerosas publicaciones de paleografía euro-mediterránea. Tres obras sobre la civilización precolombina chibcha le merecieron del gobierno colombiano ser nombrada Oficial de la Orden de San Carlos.

Con este bagaje intelectual bien podía enfrentarse al descubrimiento de la lengua etrusca y tratar, al menos en parte, de entender el material epigráfico de cerca de diez mil cortas inscripciones sobre objetos diversos o epitafios, lo único que sobrevive de ese pueblo antiquísimo, el de los viejos marineros pelasgos o "pueblos del mar", tribus en último término de la misma estirpe que los etruscos.

La curiosidad por la Etruria antigua se había despertado ya entre los romanos a la cual debieron estos su propia grandeza. Buen número de fornidos legionarios y más de un emperador —Constantino el Grande, Diocleciano, Aurelio— y famosos juristas como Justiniano procedían de tribus ilirias. Jóvenes patricios estudiaban las letras etruscas y la lengua hablada localmente; el propio Julio César y Octaviano y más tarde Claudio tuvieron que ver con esta lengua.

Dieciocho siglos después se despertó de nuevo la curiosidad por conocer más a ese pueblo, a lo cual vinieron a contribuir las excavaciones, los descubrimientos arqueológicos, los trabajos científicos y publicaciones que crearon una pintura vivida de la civilización de estos hombres otrora poderosos guerreros, derrochadores, comerciantes y piratas: constituyendo así la *Etruscología moderna*.

Los sabios habían hecho "esfuerzos tentativos con lenguas muertas como el acádico, el hitita y otras para tratar de comprender el etrusco, pero descuidando inexplicablemente la pelasgo-ilírica que sobrevive casi inalterable en el albanés actual". He ahí el gran logro y avance de la sabia investigadora: *el etrusco lengua viva*, como ya en la Universidad de La Sorbona el profesor Zacarías Mayani había ensayado solucionar el problema de la conexión lingüística etrusco-albanesa.

El sistema alfabético etrusco, como puede observarse en las páginas 164-165, está tomado del griego y no plantea ningún problema para los entendidos; sino que el obstáculo insuperable era la interpretación de la lengua.

La señora Falaschi, apasionada por la verdad cultural, ha mostrado que el idioma común de las tribus pelasgos sobrevivió milagro-

samente en el albanés popular de hoy. Fenómeno que sorprende a primera vista, pero que se explica por la estructura geográfica montañosa incontaminada de Albania y por el carácter soberbio y libérrimo de esta.

Basada, pues, en el idioma de aquel pueblo antiguo que fue amante de la cultura y de la técnica, y valiéndose del habla popular de los albaneses de hoy, ha podido descifrar y comprender el mensaje dejado por los etruscos, y analizar, de manera seria, científica y variada numerosas palabras europeas de origen común pelasgo-etrusco.

En la obra de la investigadora Falaschi es asombrosa la erudición, la pasión, el cariño, la gracia con que recorre los epitafios e inscripciones, misteriosos para los "no iniciados", pero con los que se palpa en realidad que es el albanés ordinario de hoy el pelasgo-etrusco redivivo.

El Capítulo II empieza con un epitafio de Tarquinia en que al lado de la leyenda se ven dos figuras (págs. 12-13) en movimiento, vigorosas, aladas: la diosa *VEND* "tenida en gran estimación por los etruscos dada su misión de compañera de los difuntos merecedores del paraíso de los héroes, y el dios alado *KAHRUN*, hacia el Infinito, la Eternidad", según comenta la escritora.

Las anotaciones y comentarios son agradables, inteligentes y captan al momento la atención del lector. Escribe Falaschi:

Suele decirse: "mudo como una tumba". Al contrario, esas tumbas son elocuentes, no solo donde el pensamiento se ha fijado como una explicación epigráfica, sino aun en aquellos sepulcros en que un emblema sustituye a una palabra. Una flor, un dibujo geométrico, un cielo estrellado, un animal, expresan aquel símbolo que representa la idea y estimula la meditación.

Una de las más interesantes tumbas es la de Tarquinia, tanto por la rica paleografía y los emblemas de flores, como por la asombrosa elocuencia pictórica que producen estupor y emoción...

En cuanto a las inscripciones, en columnas paralelas presenta el texto pelasgo-etrusco, la transcripción, el mismo en albanés, en italiano y en inglés. Es una real maravilla encantadora que remonta al lector a esos viejos tiempos de viajes milenarios con las particularidades que afloran casi en cada palabra.

Imposible en una simple reseña recorrer con la sabia investigadora el Museo Arqueológico de Tarquinia, el de Viterbo, el del Vaticano, la célebre estela de la isla de Lemnos y otros prodigios de Etruria, estudiados en sendos capítulos de esta obra. En el postremo se recogen consideraciones finales que parten de la afirmación segura de que "las inscripciones etruscas se comprenden solo a través de la lengua albanesa" o pelasga.

Pero lo que más puede llamarnos la atención es la tesis de la autora Falaschi de que espera descubrir algún día, a través de la escritura, la asociación existente entre pueblos tan lejanos como el pelasgo y los

chibchas de los Andes. Ella ha verificado cómo se daba una común veneración al Sol, a la Luna y al Agua de parte de los chibchas igual que de parte de los pueblos mediterráneos. Los de acá, nuestros indígenas, desarrollaron el primer alfabeto fundados en la estilización romboidal de la rana y más tarde el alfabeto no muy disímil del de Europa, que se basó en la estilización antropomorfa de la mona. Y acá, de nuevo, se han hallado caracteres cuneiformes, como aparecen en una tablilla de estilo babilónico encontrada en Duitama (Boyacá), y jeroglíficos increíblemente parecidos a las letras greco-latinas, que son definitivamente pelasgas, como las que se han hallado en Pandi (Cundinamarca). ¿Será posible esta tesis?

El libro de Nemin Vlora Falaschi es de reflexión apasionante. Ojalá siga la incansable investigadora ilustrándonos con su sabiduría.

MANUEL BRICEÑO JÁUREGUI S. I.

*Instituto Caro y Cuervo.*